

Ray Bradbury.

Agosto de 1999.

LOS HOMBRES DE LA TIERRA.

QUIENQUIERA QUE FUESE el que golpeaba la puerta, no se casaba de hacerlo.

La señora Ttt abrió la puerta de par en par.

—¿Y bien?

—¡Hable usted *inglés*! —El hombre, de pie en el umbral, estaba asombrado.

—Hablo lo que hablo —dijo ella.

—¡Un *inglés* admirable!

El hombre vestía uniforme. Había otros tres con él, excitados, muy sonrientes y muy sucios.

—¿Qué desean? —preguntó la señora Ttt.

—Usted es *marciana*. — El hombre sonrió. — Esta palabra no le es familiar, ciertamente. Es una expresión terrestre. — Con un movimiento de cabeza señaló a sus compañeros. — Venimos de la Tierra. Yo soy el capitán Williams. Hemos llegado a Marte no hace más de una hora, y aquí estamos, ¡la Segunda Expedición! Hubo una Primera Expedición, pero ignoramos qué les pasó. En fin, ¡hemos aquí! Y el primer habitante de Marte que encontramos es usted!

—¿Marte? —preguntó la mujer arqueando las cejas.

—Quiero decir que usted vive en el cuarto planeta a partir del Sol. ¿No es verdad?

—Elemental —replicó ella secamente, examinándolos de arriba abajo.

—Y nosotros —dijo el capitán señalándose a sí mismo con un pulgar sonrosado— somos de la Tierra. ¿No es así, muchachos?

—¡Así es, capitán! —exclamaron los otros a coro.

—Este es el planeta Tyrr —dijo la mujer—, si quieren llamarlo por su verdadero nombre.

—Tyrr, Tyrr. —El capitán rió a carcajadas.— ¡Qué nombre tan lindo! Pero, oiga buena mujer, ¿cómo habla usted un inglés tan perfecto?

—No estoy hablando, estoy pensando —dijo ella—. ¡Telepatía! ¡Buenos días! —y dio un portazo.

Casi en seguida volvieron a llamar. Ese hombre espantoso pensó la señora Ttt.

Abrió la puerta bruscamente.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

El hombre estaba todavía en el umbral, desconcertado, tratando de sonreír. Extendió las manos.

—Creo que usted no comprende...

—¿Qué?

El hombre la miró sorprendido:

—¡Venimos de la Tierra!

—No tengo tiempo —dijo la mujer—. Hay mucho que cocinar, y coser, y limpiar... Ustedes, probablemente, querrán ver al señor Ttt. Está arriba, en su despacho.

—Sí —dijo el terrestre, parpadeando confuso—. Permítame ver al señor Ttt, por favor.

—Está ocupado.

La señora Ttt cerró nuevamente la puerta.

Esta vez los golpes fueron de una ruidosa impertinencia.

—¡Oiga! —gritó el hombre cuando la puerta volvió a abrirse—. ¡Este no es modo de tratar a las visitas! —Y entró de un salto en la casa, como si quisiera sorprender a la mujer.

—¡Mis pisos limpios! —gritó ella—. ¡Barro! ¡Fuera! ¡Antes de entrar, límpiense las botas!

El hombre se miró apesumbrado las botas embarradas.

—No es hora de preocuparse por tonterías —dijo luego—. Creo que ante todo debiéramos celebrar el acontecimiento. —Y miró fijamente a la mujer, como si esa mirada pudiera aclarar la situación.

—¡Si se me han quemado las tortas de cristal —gritó ella—, lo echaré de aquí a bastonazos!

La mujer atisbó unos instantes el interior de un horno encendido y regresó con la cara roja y transpirada. Era delgada y ágil, como un insecto. Tenía ojos amarillos y penetrantes, tez morena, y una voz metálica y aguda.

—Espere un momento. Trataré de que el señor Ttt los reciba. ¿Qué asunto los trae?

El hombre lanzó un terrible juramento, como si la mujer le hubiese martillado una mano.

—¡Dígale que venimos de la Tierra! ¡Que nadie vino antes de allá!

—¿Que nadie vino de dónde? Bueno, no importa —dijo la mujer alzando una mano—. En seguida vuelvo.

El ruido de sus pasos tembló ligeramente en la casa de piedra.

Afuera, brillaba el inmenso cielo azul de Marte, caluroso y tranquilo como las aguas cálidas y profundas de un océano. El desierto marciano se tostaba como una prehistórica vasija de barro. El calor crecía en temblorosas oleadas. Un cohete pequeño yacía en la cima de una colina próxima y las huellas de unas pisadas unían la puerta del cohete con la casa de piedra.

De pronto se oyeron unas voces que discutían en el piso superior de la casa. Los hombres se miraron, se movieron inquietos, apoyándose ya en un pie, ya en otro, y con los pulgares en el cinturón tamborilearon nerviosamente sobre el cuero.

Arriba gritaba un hombre. Una voz de mujer le replicaba en el mismo tono. Pasó un cuarto de hora. Los hombres se pasearon de un lado a otro, sin saber qué hacer.

—¿Alguien tiene cigarrillos? —preguntó uno.

Otro sacó un paquete y todos encendieron un cigarrillo y exhalaban lentas cintas de pálido humo blanco. Los hombres se tironearon los faldones de las chaquetas; se arreglaron los cuellos.

El murmullo y el canto de las voces continuaban. El capitán consultó su reloj.

—Veinticinco minutos —dijo—. Me pregunto qué estarán tramando ahí arriba. —Se paró ante una ventana y miró hacia afuera.

—Qué día sofocante —dijo un hombre.

—Sí —dijo otro.

Era el tiempo lento y caluroso de las primeras horas de la tarde. El murmullo de las voces se apagó. En la silenciosa habitación sólo se oía la respiración de los hombres. Pasó una hora.

—Espero que no hayamos provocado un incidente —dijo el capitán. Se volvió y espió el interior del vestíbulo.

Allí estaba la señora Ttt, regando las plantas que crecían en el centro de la habitación.

—Ya me parecía que había olvidado algo —dijo la mujer avanzando hacia el capitán—. Lo siento —añadió, y le entregó un trozo de papel—. El señor Ttt está muy ocupado. —Se volvió hacia la cocina.— Por otra parte, no es al señor Ttt a quien usted desea ver, sino al señor Aaa. Lleve este papel a la granja próxima, al lado del canal azul, y el señor Aaa les dirá lo que ustedes quieren saber.

—No queremos saber nada —objetó el capitán frunciendo los gruesos labios—. Ya lo sabemos.

—Tienen el papel, ¿qué más quieren? —dijo la mujer con brusquedad, decidida a no añadir una palabra.

—Bueno —dijo el capitán sin moverse, como esperando algo. Parecía un niño, con los ojos clavados en un desnudo árbol de Navidad—. Bueno —repitió—. Vamos muchachos.

Los cuatro hombres salieron al silencio y al calor de la tarde.

Una media hora después, sentado en su biblioteca, el señor Aaa bebía unos sorbos de fuego eléctrico de una copa de metal, cuando oyó unas voces que venían por el camino de piedra. Se inclinó sobre el alféizar de la ventana y vio a cuatro hombres uniformados que lo miraban entornando los ojos.

—¿El señor Aaa? —le preguntaron.

—El mismo.

—¡Nos envía el señor Ttt! —gritó el capitán.

—¿Y por qué ha hecho eso?

—¡Estaba ocupado!

—¡Qué lástima! —dijo el señor Aaa, con tono sarcástico—. ¿Creerá que estoy aquí para atender a las gentes que lo molestan?

—No es eso lo importante, señor —replicó el capitán.

—Para mí, sí. Tengo mucho que leer. El señor Ttt es un desconsiderado. No es la primera vez que se comporta de este modo. No mueva usted las manos, señor. Espere a que termine. Y preste atención. La gente suele escucharme cuando hablo. Y usted me escuchará cortésmente o no diré una palabra.

Los cuatro hombres de la calle abrieron la boca, se movieron incómodos, y por un momento las lágrimas asomaron a los ojos del capitán.

—¿Le parece a usted bien —sermoneó el señor Aaa— que el señor Ttt haga estas cosas?

Los cuatro hombres alzaron los ojos en el calor.

—¡Venimos de la Tierra! —dijo el capitán.

—A mí me parece que es un mal educado —continuó el señor Aaa.

—En un cohete. Venimos en un cohete.

—No es la primera vez que Ttt comete estas torpezas.

—Directamente desde la Tierra.

—Me gustaría llamarlo y decirle lo que pienso.

—Nosotros cuatro, yo y estos tres hombres, mi tripulación.

—¡Lo llamaré, sí, voy a llamarlo!

—Tierra. Cohete. Hombres. Viaje. Espacio.

—¡Lo llamaré y tendrá que ofirme! —gritó el señor Aaa, y desapareció como un títere de un escenario.

Durante unos instantes se oyeron unas voces coléricas que iban y venían por algún extraño aparato. Abajo, el capitán y su tripulación miraban tristemente por encima del hombro

hermoso cohete que yacía en la colina, tan atractivo y delicado y brillante.

El señor Aaa reapareció de pronto en la ventana, con un salvaje aire de triunfo.

—¡Lo he retado a duelo, por todos los dioses! ¡A duelo!

—Señor Aaa... —comenzó otra vez el capitán con voz suave.

¡Lo voy a matar! ¿Me oye?

—Señor Aaa, quisiera decirle que hemos viajado noventa millones de kilómetros.

El señor Aaa miró al capitán por primera vez.

—¿De donde dice que vienen?

El capitán emitió una blanca sonrisa.

—Al fin nos entendemos —les murmuró en un aparte a sus hombres, y le dijo al señor Aaa—: Recorrimos noventa millones de kilómetros. ¡Desde la Tierra!

El señor Aaa bostezó.

—En esta época del año la distancia es sólo de setenta y cinco millones de kilómetros. —Blandió un arma de aspecto terrible.— Bueno tengo que irme. Lleven esa estúpida nota, aun que no sé de qué les servirá, a la aldea de Iopr, sobre la colina, y hablen con el señor Iii. Ese es el hombre a quien quieren ver. No al señor Ttt. Ttt es un idiota, y voy a matarlo. Ustedes además, no son de mi especialidad.

—Especialidad, especialidad —balbuceó el capitán—. ¿Pero es necesario ser un especialista para dar la bienvenida a hombres de la Tierra?

—No sea tonto, todo el mundo lo sabe.

El señor Aaa desapareció. Apareció unos instantes después en la puerta y se alejó velozmente calle abajo.

—¡Adiós! —gritó.

Los cuatro viajeros no se movieron, desconcertados. Finalmente dijo el capitán:

—Ya encontraremos quien nos escuche.

—Quizá debiéramos irnos y volver —sugirió un hombre con voz melancólica—. Quizá debiéramos elevarnos y descender de nuevo. Darles tiempo de organizar una fiesta.

—Puede ser una buena idea —murmuró fatigado el capitán.

En la aldea la gente salía de las casas y entraba en ellas saludándose, y llevaba máscaras doradas, azules y rojas, máscaras de labios de plata y cejas de bronce, máscaras serias o sonrientes, según el humor de sus dueños.

Los cuatro hombres, sudorosos luego de la larga caminata, se detuvieron y le preguntaron a una niña dónde estaba la casa del señor Iii.

—Ahí —dijo la niña con un movimiento de cabeza.

El capitán puso una rodilla en tierra, solemnemente, cuidadosamente, y miró el rostro joven y dulce.

—Oye, niña quiero decirte algo.

La sentó en su rodilla y tomó entre sus manazas las manitas diminutas y morenas, como si fuera a contarle un cuento de hadas preciso y minucioso.

—Bien, te voy a contar lo que pasa. Hace seis meses otro cohete vino a Marte. Traía a un hombre llamado York y a su ayudante. No sabemos qué les pasó. Quizá se destruyeron al descender. Vinieron en un cohete, como nosotros. Debes de haberlo visto. ¡Un gran cohete! Por lo tanto nosotros somos la Segunda Expedición. Y venimos directamente de la Tierra...

La niña soltó distraídamente una mano y se ajustó a la cara una inexpresiva máscara dorada. Luego sacó de un bolsillo una araña de oro y la dejó caer. El capitán seguía hablando. La araña subió dócilmente a la rodilla de la niña, que la miraba sin expresión por las hendiduras de la máscara. El capitán zarandeó suavemente a la niña y habló con una voz más firme:

—Somos de la Tierra, ¿me crees?

—Sí —respondió la niña mientras observaba cómo los dedos de los pies se le hundían en la arena.

—Muy bien. —el capitán le pellizcó un brazo, un poco porque estaba contento y un poco porque quería que ella lo mirase.— Nosotros mismos hemos construido este cohete. ¿Lo crees, no es cierto?

La niña se metió un dedo en la nariz.

—Sí —dijo.

—Y... Sácate el dedo de la nariz, niña... Yo soy el capitán y ...

—Nadie hasta hoy cruzó el espacio en un cohete —recitó la criatura con los ojos cerrados.

—¡Maravilloso! ¿Cómo lo sabes?

—Oh, telepatía... —respondió la niña limpiándose distraídamente el dedo en una pierna.

—Y bien, ¿eso no te asombra? —gritó el capitán—. ¿No estás contenta?

—Será mejor que vayan a ver en seguida al señor Iii —dijo la niña, y dejó caer su juguete—. Al señor Iii le gustará mucho hablar con ustedes.

La niña se alejó. La araña echó a correr obedientemente detrás de ella.